

Las políticas de emancipación

Uno de los sentidos más importantes de nuestra predica es la defensa de la política, de la política en su más genuina expresión que son las políticas de emancipación.

Partimos de la base de que la política es una experiencia de pensamiento, que nos gusta llamar un PENSAR-HACER, que se inscribe dentro del ámbito de las decisiones subjetivas de los colectivos humanos, lo que implica la necesidad de que sea una INVENCION y no un saber y, finalmente luchamos por preservar la AUTONOMIA de las políticas de emancipación, diciendo que son una excepción o una ruptura respecto a la legalidad del orden económico y social.

Entonces, aquí están nuestras cartas de presentación: afirmamos que las políticas de emancipación son invenciones de cualquiera, de los hombres y mujeres, que están destinadas libremente también a cualquiera y deberán ser capaces de liberarse de la mecánica objetiva de los procesos sociales. O, dicho de otra manera, la política es ese lugar siempre abierto y en constante renovación en el seno del cual los hombres y mujeres pueden decidir acerca del destino de su vida colectiva.

Ustedes se preguntarán ¿por qué comenzar poniendo esos tres principios en la base, tan alejados de los problemas acuciantes que nos rodean todos los días? Nuestra contestación es tan simple como precaria. Decimos: ya es hora de proceder a una renovación profunda de las viejas políticas de emancipación y, fieles a nuestros puntos de partida, tratamos de inventar nuevos trayectos aquí y ahora y con todos ustedes. Simple y precaria. Precaria porque sólo se sostiene en la DECISIÓN de aquellos que están decididos a sostenerla.

Esa decisión -que es lo más alejado a una elección- se tomó en vista de una constatación a la que se llegó en el interior de una militancia política que también se proclamaba de liberación, y la constatación era que esas antiguas políticas habían perdido toda capacidad de ruptura con el orden social existente y que, de maneras muy diversas se iban acomodando poco a poco en el interior de la lógica profunda del sistema que querían revolucionar.

De allí surgió el convencimiento de que antes que nada la actividad militante tenía que pasar por SUBVERTIR LA POLÍTICA, y desde 1991, por lo menos de manera pública, la revista **acontecimiento** trató de ser el vehículo de esa tarea. Estando convencidos de que las políticas llamadas subversivas llevaban de subversivo sólo el nombre, nos encaminamos a cuestionar radicalmente el cuadro general dentro del cual esas políticas desplegaban sus premisas. Y para nosotros era importante revisar esas premisas porque la izquierda revolucionaria las consideraba como datos casi naturales, verdades que se autojustificaban como evidencias plenas.

En cambio, para nuestra mirada, esas premisas habían sido en su tiempo el producto de verdaderas invenciones políticas y sus efectos habían producido huellas imborrables en la historia mundial de los pueblos en sus luchas de liberación, a tal punto que, fuera de la experiencia teórico-práctica del marxismo, esta historia sería impensable. Y por esa misma razón, porque lo que había que subvertir por estar hoy anquilosado había sido en su tiempo una invención y que para poder nacer también tuvo que romper radicalmente con otras experiencias y pensamientos políticos, es que nos inscribimos en una línea de fidelidad con el gesto inaugural de aquello que hoy tenemos que abandonar.

Esto es suficiente para que se comprenda que nunca practicamos el antimarxismo recalcitrante que llevaron adelante la derecha y el progresismo socialdemócrata. Ese progresismo que renegó de las luchas revolucionarias del pasado y vendió su arrepentimiento público a cambio del aparato cultural de la Universidad de Buenos Aires.

Ahora les queremos contar qué encontramos cuando tocamos esas bases casi naturalizadas por la vieja izquierda. Pero antes es preciso decir que nuestro camino se hacía casi a ciegas, apenas sostenidos en una serie de recursos que provenían de aquellas experiencias políticas que no se dejaban encuadrar fácilmente en la tradición política hegemónica por la simbiosis entre política y partido, como la fue Mayo francés del 68, la Revolución Cultural China, el derrumbe catastrófico de los Estados Socialistas, las Madres de Plaza de Mayo, etc. A estos hechos le sobreimprimamos fundamentalmente los aportes inventivos de los filósofos que resistían al embate de la posmodernidad y no transaban con la ilusión de las democracias representativas del capitalismo parlamentario que se ofrecían como la única alternativa política válida al totalitarismo de todos los signos. Sí, debemos confesarlo, durante mucho tiempo tuvimos que soportar la acusación de ser “antidemocráticos”. Pero hoy, que esta democracia muestra su verdadero rostro al mundo por medio de la barbarie civilizadora que encabeza Bush, y en nuestro país después de lo que puso en evidencia los sucesos del 19/20 de diciembre, no podemos negar que nos invade cierto orgullo por haber recibido ese estigma.

Finalmente pudimos comprobar que la política había quedado reducida a un simple medio, a un puro instrumento de gestión. Había perdido toda autonomía y su ritmo estaba atravesado de punta a punta por la lógica de la producción y reproducción del capitalismo hoy llamado “globalizado”.

También llegamos a la conclusión de que los cimientos sobre los que descansaba la política eran comunes a todas las ideologías políticas, desde la izquierda más extrema hasta la derecha recalcitrante. Pero lo más grave era que ese terreno común no era puesto en cuestión y lo único que se discutía (y hoy pasa exactamente lo mismo) eran diferentes planes de gobierno, fundamentalmente programas económicos.

Ante esa situación lo que hicimos fue poner en discusión ese suelo común. Ese suelo formaba una trama que sujetaba a la política al dispositivo siguiente: se parte de la existencia de una sociedad dividida en intereses contrapuestos, y la política tendría su razón de ser en la representación de esos intereses ejercida por los partidos con el objetivo de tomar el poder del Estado y desde allí ejecutar los programas de gobierno. Se formaba así una tríada: SOCIEDAD-PARTIDOS-ESTADO, enlazados por un vínculo llamado REPRESENTACIÓN. A esta conjunción la llamamos “políticas del Estado”.

Bueno, siendo imposible en estos pocos minutos que vamos a utilizar para presentarnos contar una historia de más de 15 años, al menos les queremos decir que nosotros decidimos hacer añicos ese suelo común y poner nuevos puntos de partida para poder reponer la política en su más genuina expresión: las políticas de emancipación. A esto le llamamos SUBVERTIR LA POLÍTICA.

Actualmente consideramos que el **GA.** vive bajo los efectos de esa DECISION y queremos compartir con Uds. las CONCLUSIONES a las que arribamos al momento de tener que empezar a construir -fuera de todo saber establecido- algo nuevo sobre los escombros de lo viejo.

Sin que el orden de exposición signifique alguna prioridad, las conclusiones (que son nuestros puntos de partida) son estas:

1. La política no REPRESENTA a nadie, ella es AUTONOMA y se presenta a sí misma. No es un medio. La política es de emancipación si emancipa a la gente de la vieja manera de pensar-hacer la política y, en consecuencia, nos emancipa de la lógica de la vida social para poder pensar y hacer algo acerca del destino de la comunidad humana.

2. Una política es de emancipación si sus propuestas siempre se ajustan al principio IGUALITARIO. Este principio dice: todos los hombres son iguales.
3. Una política de emancipación se debe procesar a DISTANCIA DEL ESTADO. Pensamos que el Estado es una maquinaria destinada a reasegurar el orden existente y a anular toda política dirigida a la no-dominación. El poder del Estado es impotente para transformar y de una extraordinaria potencia a la hora de garantizar lo establecido.
4. Los PARTIDOS políticos son instituciones orgánicas al Estado. La política de emancipación se libera de los partidos y abre una multiplicidad de lugares y situaciones con capacidad para producir política.
5. Las nuevas políticas de emancipación deben ser ORGANIZADAS. Pero parte del principio que lo que hay que organizar no es a la gente sino a la política.
6. Las políticas de emancipación nacen siempre en el seno de una SITUACIÓN determinada, pero debe tener la capacidad de atravesar esas condiciones particulares y poder ser DONADA A CUALQUIERA, esté o no formando parte de esa particularidad. Chiapas es un ejemplo incipiente de lo que queremos decir.
7. Finalmente, la política es DESINTERESADA, no es un simple medio para gestionar los distintos intereses particulares de los diferentes grupos sociales, económicos, culturales, etc.

A nosotros no se nos escapa que si estos principios no se llegan a inscribir efectivamente como una política activa real que forme una nueva relación política entre los hombres, entonces deberemos confesar que estas ideas no eran otra cosa que una especulación filosófica. De la misma manera que si no se hubiera producido la Revolución Rusa o la China, la doctrina marxista habría sido, como máximo, una filosofía de la historia.

La política, esta nueva política, nos exige que todo pensamiento sea al mismo tiempo una acción y que toda acción sea simultáneamente un pensamiento. Por eso estamos aquí.

Nos toca hacer ahora un pequeño balance para vislumbrar, aunque sea tenuemente, si esto que hemos ido tejiendo junto con otros grupos, colectivos, experiencias aisladas, etc., se perfila como materialidad real de las nuevas políticas de emancipación.

En ese sentido hoy podemos constatar que desde el Mayo Francés del 68 hasta ahora, los acontecimientos políticos más significativos en todo el mundo, de una manera a veces explícita (como el EZLN) o implícita (como el Mayo Francés) se han producido al margen de los partidos, desbordando toda representación y eludiendo toda estrategia que apuntara a capturar el poder del Estado. Todo eso no es poca cosa.

Pero si nos situamos en nuestro país y le tomamos el pulso a los hechos y experiencias que se precipitan inmediatamente después del 19/20 de diciembre del 2001, ¿qué otra cosa revelan, en sus aristas más agudas, que no sea la puesta en acto de una nueva forma de pensar-hacer las políticas emancipatorias al margen de los partidos, el Estado y la representación? Y más aún todavía. ¿A caso no se percibe, como sucede en el momento actual, que esas experiencias decaen o se paralizan en la exacta medida en que el dispositivo de la gestión, los partidos, la representación y las elecciones para competir por el poder del Estado, retoman la iniciativa?. Por lo tanto, si tenemos que arriesgar un pronóstico al final de nuestro balance, tendríamos que decir que, aunque tengamos más preguntas que respuestas, vamos haciendo camino al andar.

Sobre el final queremos plantearles dos cuestiones que a nosotros nos preocupa a la hora de tomar determinados rumbos en nuestra acción y que bien podrían ser los ejes del debate que vamos abrir a continuación.

El primer problema es redefinir la relación de la nueva política, que se proclama a DISTANCIA DEL ESTADO con, precisamente, el Estado. Es casi una experiencia inédita y llenas de consecuencias porque en sus entrañas se anidan cuestiones como el vínculo entre política y gestión, la diferencia entre poder y potencia, la represión y la violencia del Estado y finalmente pensar una nueva visión política del Estado.

Y el segundo problema es cómo independizar a la política de la economía. Porque nosotros pensamos que esa sumisión de la política a la economía hoy está presente, aún en experiencias que se presentan como invenciones realmente importantes, bajo la forma de una prioridad absoluta de poner la política como un mecanismo subordinado a asegurar la supervivencia de la gente. Tenemos muchas dificultades alrededor de este tema extremadamente delicado. Manejamos cierta intuición de que la devastación y el hambre que produce el capitalismo globalizado funciona como un señuelo que captura toda propuesta alternativa y obliga a que la lucha política se dé en el terreno económico o de la producción, que es el que el sistema quiere y hegemoniza. Si esto fuera así, la política volvería a ser presentada como un emergente de los conflictos de la estructura económico-social y a ella subordinada, lo que para nosotros significaría abandonar toda posibilidad de que existan políticas de emancipación.

Para esta segunda cuestión, nos resulta altamente significativo transmitir la experiencia del zapatismo sobre el mismo tema. En enero de 1999, el subcomandante Marcos le contesta a la periodista del periódico *Reforma* Guadalupe Loaeza lo siguiente: “Pregunta usted si las comunidades indígenas zapatistas están peor que antes del alzamiento. No. Seguimos sin escuelas, maestros, hospitales, médicos, medicinas, buenos precios para nuestros productores, tierra, tecnología para trabajarla, salario justo, alimentos de calidad y cantidad suficiente, viviendas dignas, exactamente igual que antes de 1994. Nosotros no hemos aceptado las limosnas (eso son) del gobierno. No hemos aceptado ni lo haremos porque, como lo demuestran las condiciones de vida de los indígenas que sí las aceptan, los problemas no se resuelven y el nivel de vida no mejora en lo más mínimo. Pero sobre todo no las aceptamos porque nosotros no nos alzamos por escuelas, créditos y tiendas de Conasupo para nosotros [...] Somos pobres, sí. Pero viera usted que nuestra pobreza es más rica que la pobreza de otros y sobre todo más rica que la que teníamos antes del alzamiento. Y es que ahora nuestra pobreza tiene mañana. ¿Por qué?. Bueno, porque hay algo muy importante que no teníamos antes del alzamiento y ahora se ha convertido en nuestra más poderosa y temida (por nuestros enemigos) arma: la palabra. Viera usted qué buena es esta arma. Es buena para combatir, para defenderse, para resistir. Y tiene una gran ventaja sobre todas las armas que tienen el gobierno, sean sus militares y paramilitares, esta no destruye, no mata”.